

## EL NIÑO GUERRERO

Abdi está por cumplir doce años. Su cumpleaños cae durante la próxima temporada de lluvias. El niño mantiene algunos recuerdos de su familia. Nació en Yalalaqsi, una aldea en el valle fértil del Webi Shabeelli (el río de los leopardos), en el sur de Somalia. Él nació pocos años después del fin de la dictadura, cuando la gente había regresado libre. Lamentablemente, el resultado fue el desmembramiento de la nación, presa de mil peleas y de la guerra civil entre las tribus.

Lejos quedan los recuerdos de los juegos infantiles. Los hermanos eran pastores de ovejas, en las escarpadas orillas del río. En ese momento, la única preocupación era tener cuidado con los cocodrilos, los chacales, las serpientes. El padre de Abdi fue asesinado en el matorral, por pastores de una tribu rival, cuando el niño aún no tenía cinco años. Su madre y sus hermanas fueron llevadas un año más tarde por una banda, uno de los muchos ejércitos de liberación autoproclamados. Los soldados las utilizaron para satisfacer sus apetitos, y luego las abandonaron moribundas en el camino, cuando no las necesitaron más.

Una vez solos, Abdi y su hermano mayor, que iba a cumplir diez años, se juntaron con un grupo armado, con miras a la conquista de la capital. Durante cuatro años, los dos chicos fueron parte de la guardia pretoriana de un “señor de la guerra”, perpetuamente luchando contra otros señores y sus secuaces.

El grupo armado de Abdi se apoderó del barrio de Karaan, en la capital. La ciudad poblada y bulliciosa del pasado ya no existía. Los edificios comerciales fueron destruidos por los golpes de los morteros y lanzacohetes. Las iglesias y los edificios administrativos fueron utilizados como objetivos para todo tipo de artillería, incluso el minarete de la gran mezquita. La calle principal, una vez llena de coches y de gente durante las horas de pico, donde era necesario proceder a paso de hombre, entre pitidos, se había convertido en una serie de dunas, con agujeros y montículos de arena, cubiertos de hierba, en el que pastaban cabras delgadas y llenas de miedo. Aquí los chicos de los distintos clanes se enfrentaban, casi todos los días, para “mostrar los músculos”. Los disparos eran comunes y la población civil sabía que era mejor no aparecer, sobre todo en determinados momentos.

Aquí Abdi mató a su primer hombre. Era un muchacho un poco mayor que él, que acunaba una ametralladora pesada y actuaba como un guardaespaldas del jefe de una banda rival. Los compañeros de Abdi le llamaban “Bahalka”, la Bestia. El niño Abdi se había distinguido en el matorral, por su puntería excepcional. Los compañeros apostaron con él un par de zapatos, heredado de un enemigo muerto, pero él tenía que golpear a la Bestia sin vacilar, en no más de tres disparos, desde una distancia de unos 150 metros. El arma era un rifle con la telemetría en el visor: ideal para un francotirador. El muchacho se colocó detrás de las ruinas de una muralla, mientras que el resto del grupo desanidaba el equipo contrario. Cuando la Bestia se descubrió un poco, lo golpeó con un primer disparo en el hombro.

El rival se detuvo un momento con sorpresa, luego de identificar el punto de donde había recibido el disparo. Un momento después, toda la pared – detrás de la cual se había protegido Abdi – se rompió, acribillada por ráfagas de ametralladora. Abdi rodó en el polvo y el humo, enojado. Se apoyó en su rodilla, decidió dejarlo todo, y colocó su segundo golpe directo a los ojos de la Bestia. Pareció que su cabeza explotaba como un melón, lanzando salpicaduras de rojo por todas partes. La ira había realizado el milagro, más que la concentración. Después de aquella empresa, Abdi tenía un par de zapatos nuevos y subió un grado en la consideración de sus compañeros de equipo. Un tipo de promoción en el campo de batalla. Entre ellos no había grados, había sólo un respeto para el mérito personal.

Abdi ha comenzado a luchar demasiado pequeño para tener tiempo para asistir a la escuela coránica. Él nunca ha conocido ninguna escuela, no tenía maestros. No sabe leer ni escribir, sólo reconoce instintivamente las palabras que ha escuchado leer a veces, como la insignia de algunas tiendas que aún se mantienen y los signos y las indicaciones de los edificios derruidos. Su vida es una especie de juego de guerra en curso, que se hizo realidad. Un poco como esos niños que sueñan con aparecer en la televisión, y son seleccionados por alguna cadena de televisión para sus juegos. El sueño se ha convertido en realidad. El día–a–día de Abdi se juega al ritmo de las batallas callejeras. Una lucha real, sin embargo, con armas reales.

Ahora se convirtió en comandante de un equipo que ataca. Su lugar es junto a la persona que conduce la *Téknika*, camioneta rápida, armada con

cañones y lanzacohetes. El equipo de fuego dirigido por Abdi tiene tres vehículos, y a sus órdenes están nueve “hombres”, de edades comprendidas entre ocho y catorce. Cuando las *Téknikas* del grupo de Abdi irrumpen en el campo de batalla, con carruseles de circo en las dunas y el matorral, siempre cambian el rumbo de la batalla a su favor. El ímpetu y la destreza de los jóvenes combatientes los hacen parecer invencibles, como los héroes de las sagas antiguas.

Abdi fue tomado por sorpresa cuando un grupo de combatientes, en nombre de la religión, comenzaron a atacar a las bandas de los señores de la guerra. En sus filas hay muchos extranjeros, pero no se ven a los niños. ¿Por qué – piensa Abdi – incluso los adultos comienzan a jugar a la guerra? ¿la religión? Él siempre vio a la gente rezando varias veces al día y especialmente los viernes. A veces trataba de juntarse, cuando veía que todos se reunían para mirar en la misma dirección y haciendo gestos extraños, pero no entendía mucho de ese “juego”. El conflicto entre las facciones se reavivó de nueva llama, como un fuego que ha meditado mucho debajo de las cenizas, y son llamas abiertas, que queman sin control y se ejecutan en todo el país. El hecho es que las nuevas milicias han obligado a los señores de la guerra a abandonar la capital.

Abdi regresó al campamento en la selva, con su grupo, y la vida cotidiana se ha convertido en menos divertida. Más difícil de conseguir comida, cuanto más raros los conflictos armados, y más mortales. Ahora su banda protege al gobierno, un gobierno de transición que no ha visto nunca (ni

siquiera sabe lo que significa la palabra “gobierno”, sino que debe significar algo muy importante). Las tropas de los señores de la guerra se ponen su cuartel sobre una meseta en torno a Baidóá, la ciudad donde el gobierno de transición se ha refugiado, bajo el escudo protector de Etiopía. Los trescientos kilómetros entre Mogadiscio y Baidóá son tierra de nadie. En el camino, como mamas enormes de color rojizo, nacen en medio de la llanura las ruinas de las antiguas colinas de granito, llamadas *Buur*. La erosión ha dado a estas grandes rocas las formas redondeadas de la parte trasera de un dromedario agazapado.

En Buur Hakaba, el más alto de todos, se fijó Abdi. Desde esa posición, bastan unos pocos hombres armados para controlar una amplia franja de la llanura. Contra esa loma se quiebran los intentos de los rebeldes para llegar a la capital del gobierno. El niño ve que pasan de arriba los aviones de combate, con un ruido ensordecedor. Oye los tambores de los bombardeos de las ciudades y después del atardecer ve los destellos, como una tormenta con rayos y truenos del cielo. Está entusiasmado con el impulso de la guerra en campo abierto. En los sueños de la noche del Buur se ve – invencible piloto – que conduce un avión rápido, capaz de alcanzar cualquier objetivo con gran precisión.

Para el mundo occidental era Navidad. Una vez más, Somalia ha capturado los titulares. Las Fuerzas Aéreas de Etiopía bombardearon el aeropuerto de la capital. Una afrenta grave al orgullo nacional de los

somalíes. Una declaración de guerra abierta, que hace explícita la participación de potencias extranjeras en los conflictos locales.

La milicia islamista avanzando hacia Baidóá fue arrestada, y el mundo se alegró. Se reanuda la historia de todos los tiempos. Las bandas de los señores de la guerra están de vuelta en las calles de Mogadiscio, para disparar unos contra otros. Abdi no cumplirá doce años. Siempre ha sido el más rápido en disparar y tiene una excelente puntería, pero ayer, en los alrededores de la escuela, conoció a alguien más afortunado que él, que tenía el ojo puesto en sus zapatos. Ni siquiera tiene tiempo para pensar, Abdi. Se cae en el polvo, mientras que su dedo, rígido sobre el gatillo, dispara la última descarga.